

¡Por qué, por qué benigna,  
Clamé, bañado en llanto de alborozo,  
Osas pisar, señora,  
Esta morada indigna,  
Que tu respeto y tu virtud desdora?  
¡Ahl si á la fuerza del inmenso gozo,  
Del placer celestial que el alma oprime,  
Hoy á tus plantas espirar consigo,  
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.  
«A este oscuro aposento  
No á que de pena ó de placer espire  
La voz de la amistad mis pasos guía,  
Sino á esforzar tu desmayado aliento  
Contra los golpes de la suerte impia.  
Su cuello al susto y la congoja doble  
El que del crimen en su pecho sienta  
El punzante aguijón; que al alma noble,  
Do la inocencia plácida se anida,  
Ni el peso de los grillos la atormenta,  
Ni el són de los cerrojos la intimida.  
Recobra, amigo caro,  
La esperanza marchita  
Y el digno esfuerzo del varon constante.  
Pronto será que el astro rutilante,  
Que jamas estas bóvedas visita,  
De la calumnia vil triunfar te vea:  
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.»  
Serálo, si; lo juro;  
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda  
Vaticinio tan próspero desmiente,  
No me hará de fortuna el torvo ceño  
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;  
Que el dichoso mortal á quien risueño  
Mira el destino.... No acabé. A deshora  
La aciaga voz del carcelero escucho,  
Diciendo: es tarde; baste ya, señora.  
«¡Adios! ¡Adios! Del vulgo malicioso,  
Que al despuntar del sol sacude el sueño,  
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!»  
Aguarda..... «¡Adios!.....» Y en soledad sumido,  
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido  
Barrer las gradas la crujiente seda.  
¡Oh digno, oh generoso  
Dechado de amistad! ¡Oh alegre dial  
¡Y en dónde estás, en dónde,  
Angel consolador, Duquesa amada,  
Que no te mueve ya la angustia mia?  
¡Gran Dios, y ni responde  
De su esposo infeliz al caro acento,  
Aunque en la tumba helada  
Lágrimas de dolor vierte á raudales!  
¡Ni de su triste huérfana el lamento,  
Con ambos brazos al sepulcro asida,  
Ablanda sus entrañas maternales!  
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol  
En balde importunáis. Hará el rocío  
Del venidero Abril que al campo vuelva  
La verde pompa que abrasó el estío;  
Mas no esperéis que el tímulo sombrío  
La devorada víctima devuelva,  
Ni á sus profundos huecos  
Otra respuesta oír que sordos ecos.  
En él de bronce y oro,  
Ínculto vate (1), entallarán cinceles  
Vuestro heroico blason, entretejiendo  
Con sus antiguas palmas tus laureles....  
¡Inútil afanar! La cien ceñida  
De adelfa y mirto, pulsará tu mano  
La dolorosa citara, moviendo  
Con sus blandas querellas  
El orbe todo á compasion..... ¡En vano!  
Resonarán con ellas  
Mis gemidos simpáticos, y el coro  
De cuantos cisnes tu infortunio inspira  
Alzar podrá á su gloria  
Noble trofeo en canto peregrino (2).  
Mas ¡ay! ¡podrá su lira

(1) El Duque de Frias.

(2) Alude á la Corona fúnebre, escrita en loor de la difunta Duquesa por varios poetas contemporáneos, y de la cual formó parte esta elegía.

Forzar las puertas del eden divino,  
Y el diente ensangrentado  
Del áspid arrancar, en ti clavado?  
A más alto poder, misero amigo,  
Los ojos torna y el clamor dirige,  
Que entre sollozos lúgubres exhalas.  
Al Sér inmenso que los orbes rige,  
En las rápidas alas  
De ferviente oracion remonta el vuelo.  
Yo elevaré contigo  
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,  
Que en mis brazos creció, cándida niña,  
Trasunto vivo de tu esposa bella,  
Dará benigno el cielo  
Paz á su madre, á tu aficcion consuelo.  
Si; que hasta el solio del Eterno llega  
El ardiente suspiro  
De quien con puro corazon le ruega,  
Como en su templo santo el humo sube  
Del balsámico incienso en vaga nube.

## ODAS.

## I.

## EL RIZO DE CORINA.

(1801.)

¡Oh dulce prenda por mi bien hallada,  
Dón amoroso de mi amante dueño,  
Tú, que halagüeño á su belleza diste  
Nuevos hechizos;  
Lindo cabello, que escuchaste un dia  
Los tiernos ayes de mi ninfa ausente,  
Cuando en su frente te meció travieso  
Manso Favonio!  
Dime, te ruego, si de mí se acuerda;  
Si por su amigo suspirar la oiste;  
Dime si viste de la ausencia el llanto  
Vivo en tus ojos.  
Así seguro de voraces llamas  
Gozarte puedas en su faz hermosa,  
Seña amorosa con ardid formando  
Cifras y flores.  
¡Callas! ¡Qué anuncia tu silencio triste?  
¡Tal vez que el soplo del olvido pudo  
Matar sañudo de mi amor la llama  
Mustia en su pecho?  
No; que yo he visto en mi cruel partida  
De sus luceros lágrimas fogosas  
Correr copiosas hasta el albo seno,  
Nido de amores.  
¡Callas! Te entiendo: venturoso un dia  
Plácido ornabas su gentil cabeza,  
Y hoy en tristeza y soledad envuelto,  
Lloras tu estado.  
Ni ya los ojos de mi bien me ocultas,  
Ni te ensortijas de su cien en torno,  
Ni el simple adorno de tus bellos rizos  
Luce en su cuello,  
Ni ya te ostentas con primor cogido  
De rica joya ó cándida guirnalda,  
Ni por su espalda jugueton ondeas  
Libre y airoso.  
Débil juguete de fortuna inestable  
Gloria tan alta misero perdiste.  
Así yo triste de la excelsa cumbre  
Vine al abismo.  
Desde la cumbre de sus dulces brazos  
Vine al abismo de insondable pena,  
En donde, llena de despecho, el alma  
Yace sumida.  
Tú sólo puedes de tan dura ausencia,  
Rizo precioso, suavizar el ceño;  
Tú, de mi dueño mudamente hablando,  
Templas mis males.  
Grato recuerdo de mi fiel Corina,  
Mi amante pecho tu morada sea,

Que en él campea su gallarda imágen,  
Copia de Vénus.  
Verásla siempre de mi fe señora,  
Gloria y encanto y esperanza mia,  
Hasta aquel dia que la madre tierra  
Cubra mis huesos.

## II.

## A CORINA AUSENTE, EN SU CUMPLEAÑOS.

(1801.)

Ya al esplendor de Febo  
Brilla del Aries el vellon dorado  
Corina, y ya de nuevo  
De flor se viste el prado,  
Y alegre salta el tímido ganado.  
Ya el leon carpentano  
La nieve arroja de su helada greña,  
Que hasta el sediento llano  
Baja de breña en breña,  
Y en arroyos de plata se despeña.  
Ya vuelve Primavera,  
Dando al cielo fulgor y al campo flores;  
Ya su voz hechicera  
Sueltan los ruiseñores  
A la dulce estacion de los amores.  
Ya del zagal sencillo  
Se oye el tierno cantar, y en pos resuena  
Su blando caramillo,  
Y la campiña amena  
De alegres juegos y placer se llena.  
Ya, en fin, se acerca el dia  
En que, abrumada del invierno triste,  
Recobró su alegría  
La tierra, y tú naciste,  
Y nuevo sér con tu bondad le diste.  
Así dió vida al suelo  
Del primitivo Abril la fértil huella;  
Así en oscuro cielo  
Nació brillante estrella,  
Y en su concha de nácar Vénus bella.  
Que de tu rostro hermoso  
Tanto la luz se esparce y reverbera,  
Cual tiende el sol fogoso  
La rubia cabellera,  
Bañando en oro la oriental ribera.  
Y más vivos colores  
Tu boca ostenta de carmin divina,  
Que entre nevadas flores  
La fresca clavellina  
Al sonreír del alba matutina.  
¡Ay! tan gentil belleza  
Goza, Corina, impenetrable al sello  
Del tiempo y la tristeza,  
Y en rosa y lirio bello  
Cien mayos enguinalden tu cabello.  
Yo triste, á crudo invierno  
Y á llorar en tu ausencia condenado,  
Ni oigo á Favonio tierno  
Suspirar por el prado,  
Ni el trino de las aves concertado.  
El fecundo rocío  
Igual al hielo estéril se me ofrece;  
Iguales hallo el río  
Que hinchado se embravece  
Y el manso arroyo que las flores mece.  
¡Do fueron, ¡ay! Corina,  
Las dulces horas de delicia llenas,  
Cuando á la hojosa encina  
Entre mirto y verbenas  
Sombra debió tu lecho de azucenas?  
En mi laud sonaban  
Mífe, mi dicha y mi amoroso orgullo,  
Y con él alternaban  
Las tórtolas su arrullo.  
Y de la fuente el plácido murmullo.  
¡Oh! Deme amor que pueda  
Tus gracias ensalzar, como solia,  
Con voz sonora y leda,  
Cuando la vida mia

Por tí, contigo y para tí queria.  
Hora el dolor que siento  
Con ayes sólo desfogar me place;  
Que en triste desaliento  
Sumida el alma yace  
Y en su propio delirio se complace.

## III.

## A LA DEFENSA DE BUENOS AIRES.

(1807.)

Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos  
Fecundo manantial, á quien consagran  
Su vida alegres los heroicos pechos;  
Patria, deidad augusta,  
Mi númen es tu amor. Su hermoso fuego,  
Que aún hoy las piedras de Sagunto inflama;  
El que arrojó la chispa abrasadora,  
Baldon y estrago de la gente mora,  
Que aún brilla desde el Cántabro hasta Alhama,  
Da que pase á mi voz; sublime el eco  
Del éter vago los espacios llene,  
Sus glorias celebrando,  
Y atrás el mar Atlántico dejando,  
Hasta el remoto Patagon resuene.  
De allí no léjos las britanas proras  
Viera el indio pacífico asombrado  
Sus costas invadir, y furibundo  
Al hijo de Albion, que fatigado  
Tiene en su audacia y su soberbia al mundo,  
Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,  
Entrar, correr, talar. Montevideo,  
Que ya amarrado á su cadena gime,  
Con espanto en sus muros orgulloso  
Ve tremolar su pabellon, ansiando  
Lanzar del cuello el yugo que le oprime,  
Mientras la rienda á su ambicion soltando  
El anglo codicioso,  
La rica poblacion (1) domar anhela,  
Que de Solís el río  
En su ribera occidental retrata  
Cuando á la mar con noble señorío  
Rinde anchuroso su raudal de plata.  
¡Cuán presta ¡oh Dios! la ejecucion corona  
Las empresas del mal! El anglo altivo  
Tiempo ni afan perdona.  
Vése en la playa las inmensas naves  
Presurosa ocupar la isleña gente,  
De muertes mil cargada,  
Y en pos hender la rápida corriente.  
Ya la soberbia armada,  
Batiendo el viento la ondeante lona,  
Vuela, se acerca y á la corva orilla  
Saltan las tropas. Ostentoso brilla  
El padre de la luz, y á los reflejos  
Con que los altos capiteles dora,  
La sed de su ambicion la faz colora  
Del ávido insular. Así de léjos  
Mira el tigre feroz la ansiada presa  
Y con sangrientos ojos la devora.  
Alzase en tanto, cual matrona angusta,  
De una alta sierra en la fragosa cumbre  
La América del Sur; vése cercada  
De súbito esplendor de viva lumbre  
Y en noble ceño y majestad bañada.  
No ya frívolas plumas,  
Sino bruñido yelmo rutilante,  
Ornan su rostro fiero;  
Al lado luce ponderoso escudo,  
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo,  
Arde en su diestra refulgente acero,  
La vista fija en la ciudad; y entonces  
Golpe terrible en el broquel sonante  
Da con el pomo, y al fragor de guerra  
Con que herido el metal gime y restalla,  
Retiembla la alta sierra,  
Y el ronco hervir de los volcanes calla.  
«¡Españoles! clamó; cuando atrevido

(1) Buenos Aires.

Arrasar vuestros lares amenaza  
El opresor del mar, á quien estrecho  
Viene el orbe, ¿será que en blando lecho  
Descuidados yagzáis, ó en torpe olvido?  
O acaso, echando á la ignominia el sello,  
Daréis al yugo el indomado cuello?  
¿Do mis Incas están? ¿Adónde es ido  
El imperio del Cuzco? ¿Quién brioso  
Domeñó su poder? ¿No fué trofeo  
Del castellano esfuerzo poderoso?  
¿Y ora vosotros, sucesion valiente  
De Pizarro y Almagro, envilecidos  
Ante el tirano doblaréis la frente?  
¿Cederá el español? ¿Oh! ¿Nunca sea  
Que América infeliz con viles hierros  
Al carro de su triunfo atar se vea!  
» No; jamas se verá; que en noble saña  
Siento inflamarse ya los fuertes pechos  
De los hijos magnánimos de España,  
De la patria á la voz. Caigan deshechos  
Y á cenizas y polvo reducidos  
Templos y torres y robustos techos,  
Primero que rendidos  
El mundo os vea al ambicioso isleño.  
Ni la ciudad, al enemigo abierta,  
Sin reforzado adarve y bastiones,  
El brio arredre del heroico empeño.  
Cuando la fama aligera os aclame  
Por remotas regiones,  
Nueva Numancia occidental la llame,  
Mostrando á las atónitas naciones  
Que no hay más firmes muros  
Que un ánimo constante y pechos duros.»  
Dijo; y cual se oye en la estacion de Tauro  
De volador enjambre numeroso  
El sordo susurrar, así incesante  
Bélico afan en la ciudad se escucha,  
Que, sin que el fuego del breton la espante,  
Se apresta osada á la tremenda lucha.  
Ya doce mil guerreros,  
De mortíferos broncees precedidos,  
A las débiles puertas se abalanzan,  
Y los limpios aceros  
Del rayo brillan de Titan heridos;  
Ya sus columnas en las anchas calles  
Intrepidas se lanzan;  
Por montes y por valles  
Del militar clamor retumba el eco,  
Y el trémulo batir del parche hueco.  
Trábase ya la desigual pelea  
Y del fiero enemigo el paso ataja  
Furioso el español; cruza silbando  
El plomo; inexorable se recrea,  
Sus víctimas la Parca contemplando;  
Crece la confusion; al cielo sube  
El humo denso en pavorosa nube,  
Y al bronco estruendo del cañon britano,  
Que muerdes mil y destruccion vomita,  
Impávido el esfuerzo castellano  
Lluvias arroja de letal metralla.  
No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla  
Retumbante el metal del anglo fiero,  
Que el horizonte atruena,  
Mas el valiente ibero  
Ni el ruido escucha ni al estrago atiende;  
Que en almas grandes, que el honor enciende,  
Más alto el grito de la patria suena.  
Suena, y el pecho del esclavo inflama,  
Y es un guerrero ya. Los moradores  
Invictos héroes son. ¿Cuál multiplican  
La ciega rabia y bélicos clamores  
Las artes de dañar! Inmensas trabes,  
Y lumbré y peñas por los aires bajan  
Sobre el mísero inglés; profundo foso  
Y alta trinchera su furor atajan.  
El en tanto, animoso,  
Redobla el fuego y el teson, y truenan  
Contra su hueste horribles cañones,  
Rios de sangre de Albion vertiendo.  
Desplómense los fuertes torreones  
Con roncós estallidos,  
Y al espantoso estruendo

Con que los altos techos se derrumban,  
Se oyen gemir los vientos comprimidos  
Y hasta en las cuevas de los Andes zumban.  
Tiende la noche el pavoroso velo,  
Cubriendo tanto horror. Do quier se escucha  
Del triste isleño el lúgubre gemido,  
Que con la muerte irrevocable lucha.  
Su caudillo infeliz (1), que estremecido  
El fiero estrago entre tinieblas mira,  
De su domada hueste  
Los restos junta, y pálido suspira.  
Al fin, vertiendo su esplendor celeste  
La nacarada Aurora,  
Su vista aparta de la horrible escena.  
¿Cuál de pavor se llena  
El britano adalid! Allí, en confuso  
Tropel, de sus soldados  
Rotas armas y cuerpos hacinados  
Contempla, y se horroriza,  
Y el abatido ardor buscando en vano  
De su fiereza brava,  
El pelo se le eriza,  
Desampara el baston la yerta mano,  
Y un espanto glacial sus miembros traba.  
América triunfó. ¿No veis cuál brilla,  
Tremolado en su diestra el estandarte  
De las excelsas torres de Castilla?  
Ve el pueblo valeroso  
Sitiado al sitiador; del fiero Marte  
Depone el rayo, y al Olimpo eleva  
Clamor de triunfo en himno placentero.  
Muéstrase entónces el caudillo ibero (2)  
Al britano, que atónito emudece,  
Y de la salva América las playas  
Dejar le ordena; el anglo le obedece.  
A las naves temblando  
Los restos suben del vencido bando;  
Y cual suele medrosa  
La garza huir del sacre furibundo,  
Así la escuadra, huyendo presurosa,  
Surca asombrada el piélagro profundo.  
Lauros, palmas traed, y ornad, iberos,  
La frente al vencedor. De la victoria  
En alas vuele tan brillante hazaña  
Al templo de la gloria.  
Feliz anuncio sea  
De nuevos timbres al blason de España,  
Y en letras de oro en su padron se lea,  
Y vosotros, del Tajo  
Canoros cisnes, cuya voz divina,  
Cuando en ardor patriótico se enciende,  
El blando són del agua cristalina  
Y el coro de sus Náyades suspende;  
Vuestra lira sonora,  
De la rama inmortal dispensadora,  
Al cielo alzando tan heroico brio,  
Las altas glorias de la Iberia cante,  
Y en sus alas levante  
El tono humilde del acento mio.

## IV.

Á LA INFLUENCIA DEL ENTUSIASMO PÚBLICO  
EN LAS ARTES.

Leída en la Real Academia de San Fernando en su junta general,  
para la distribucion de premios, celebrada el día 24 de Setiembre  
de 1808.

¿Cuál, en rápido vuelo,  
El nimen fué que á Pindaro y á Apéles  
Al remoto cenit alza y encumbra  
Del estrellado cielo  
Sobre el astro inmortal que al mundo alumbró?  
¿Quién es el poderoso  
Genio que al vate y al pintor valiente  
La débil línea y el fugaz sonido,  
Venciendo al orgulloso  
Atlas que erguida la mármorea frente

(1) Whitelock.  
(2) Liniers.

Sobre los montes de África descuella,  
Con marca fiel de eternidad los sella?  
¿Quién? Sólo el corazon. Cuando inflamado  
De vehemente pasion oprime el pecho,  
La osada fantasia  
Cede á su ardor, y el cerco de la esfera,  
Siendo ya á su poder limite estrecho,  
Sus obras inmortales  
Del tiempo vencen la veloz carrera.  
El fué quien blando suspiró en Tibulo,  
Trazó los celestiales  
Rasgos que á Vénus dan gracia y belleza;  
El la noble osadia  
Fijó de Apolo en la gentil cabeza;  
Y á par que en el sonoro  
Canto de Homero al implacable Aquiles  
El penacho agitó del yelmo de oro,  
Y en su seno encender los ayes supo  
Con que la triste Andrómaca suspira,  
Dió el intenso gemir al noble grupo  
Dó en lastimero afan Laoconte (1) espira.  
El sólo fué. Si la espantana gente,  
Ardiendo en sedicion, calmó Terpanro;  
Si Timoteo audaz con prestos sonos  
Logró encender el alma de Alejandro  
En el vário volcan de las pasiones,  
Primero las sintió. Quien á los ecos  
De virtud y de gloria no se inflama,  
Ni al tierno sollozar del afligido  
Súbito llanto de piedad derrama;  
El que al público bien ó al patrio duelo,  
De gozo ó noble saña arrebatado,  
Cual fuego que entre aristas se difunde,  
O como chispa eléctrica invisible  
Que en instantáneo obrar rápida cunde,  
Su corazon de hielo  
Hervir no siente en conmocion secreta,  
Ni aspire á artista, ni nació poeta.  
En balde, ansioso, el mármol fatigando,  
Puliendo el bronco, en desigual contienda  
Pugnará con teson! Por más que hollando  
De insuficiente imitacion la senda  
Al Corregio sus gracias pida, ¡en vano!  
Alma al gran Rafael, brillo á Ticiano,  
Nunca en su tabla el hijo de Dione  
Maligno excitará falaz sonrisa,  
O al fiero ardor de los combates Ciro;  
Ni hará gemir la moribunda Elisa,  
Ni Hécuba sierva arrancará un suspiro.  
¿Y ¡qué! en las artes sólo  
Ejerce el corazon su noble influjo?  
Cuanto el hombre en magnánima osadia  
Digno, grandioso y singular produjo,  
Obra es suya tambien. Dadme que un dia  
Su frente un pueblo alzando  
Al baldon de extranjera tiranía,  
Temblar de justa indignacion se vea;  
Que la máscara hipócrita arrojando,  
Que al bien opone el sórdido egoismo,  
El honor, la virtud su númen sea;  
Y ántes que, en muda admiracion suspenso,  
Sus rasgos de heroismo,  
Su saber, su valor, sus glorias cuente,  
Podré el cauce agotar del mar inmenso,  
Y á par de Sirio levantar mi frente.  
¿Oh tú, claro esplendor del griego nombre,  
Célebre Aténas, de las artes templo,  
Y hora mísero polvo y triste ejemplo  
De la barbarie y del furor del hombre!  
Ya sus leyes dictando  
Contemple á tu Solon, ó á Fídias mire  
La gran deidad del Atica animando (2);  
Ya embebecido admire  
Del dulce Anacreon la voz divina,  
O al fuerte impulso de tu heroico brio  
Hollada en Maraton y en Salamina

(1) La Vénus de Medicis, el Apolo de Belvedere y el Laoconte  
estaban en el salon de la Academia en que se leyó esta oda, y á estas  
estatuas se hace alusion en ella.

(2) La famosa Minerva de este escultor, que estaba en el Parthenon  
de Aténas.

La soberbia de Jérges y Darío;  
De tu gloria, asombrado,  
Ante el coloso excelso me confundo,  
Y veces mil te aclamo, enajenado,  
Modelo, envidia, admiracion del mundo.  
Mas ¿quién podrá del público entusiasmo  
Los portentos medir? Su hermosa llama  
No bien lució en tu seno, oh patria mia,  
Y ya al indico mar vuela tu fama.  
Tú, que atenta me escuchas,  
Amable juventud, y en hid activa  
Entre las armas y las artes luchas,  
Contempla ¡cuán hermosa perspectiva  
De grandeza y de honor se abre á tus ojos!  
Tú, de fervor patriótico inflamada,  
En tanto que entre bélicos despojos  
Aterra al domador de cien naciones  
La saña de los héspedes leones,  
Por cuanto el mar abarca con sus olas  
Extenderás sus hechos generosos  
Y el blason de las artes españolas.  
Si; yo os lo anuncio: Zéuxis y Lisipos  
De la Hesperia seréis. Si en vano un dia  
Atónito el viajero,  
Del Cid el bulto y de Cortés buscando,  
Los términos corrió del pueblo ibero,  
A vuestro genio ardiente  
Tanta dicha el destino reservando,  
Respirar los verá. Que de repente  
En firme pedestal se alce Pelayo  
Y al pérfido opresor del orbe espante;  
Haced que su semblante,  
En santo fuego y cólera encendido,  
Llene de horror las playas agarenas,  
Y en su tumba Tarif lance un gemido,  
Que haga temblar las líbicas arenas.  
Mas ¡qué! la antigua España  
Modelos de heroismo y bizarría  
A vuestro noble afan concede sólo?  
¿Ya en su seno fecundo no los cria?  
¿Qué! no ois el rumor de tanta hazaña  
La ancha esfera llenar de polo á polo?  
Ellos harán eterno vuestro nombre;  
Vosotros su valor. Patente veo  
La edad futura, y la espaciosa entrada  
Descubro del magnífico Museo,  
Donde entre claros timbres y blasones,  
Su sien de lauro ornada,  
Inelitos héroes á Castilla ostentan,  
Y en los regios salones,  
Que en usos viles profanados fueron (3),  
Subir las artes miro  
A más alto esplendor que nunca vieron  
Grecia ni Roma, ni Sidon ni Tiro.  
Allí pincel fogoso,  
De Polignoto envidia y de Timántes,  
Las proezas brillantes  
De Cataluña indómita renueva;  
El galo, aquí, medroso,  
Sueltas las riendas al bridon lozano,  
Huye el furor del ágil edetano;  
Allá en acento rudo,  
Como acosada fiera de Jarama,  
Dupont soberbio entre cadenas brama,  
Mientras Bétis sañudo  
Petos y cascós y águilas sangrientas  
Reyuelve entre sus aguas turbulentas.  
No léjos, tremolando  
Las barras de Aragon, á Augusta veo  
Contra el teson del vándalo luchando;  
Y como roca altiva, que resiste  
Una vez y otras mil la rabia suma  
Del mar hinchado, que feroz la embiste  
Y al cielo arroja la sonante espuma,  
Domando así su bárbara porfia,  
Opone al galo fiero  
Pechos de pedernal, brazos de acero.  
¡Oh magia del pincel! Sobre el glorioso

(3) Las magníficas galerías del Museo del Prado sirvieron de cabal-  
lerizas á los franceses, desde su entrada en Madrid hasta la bata-  
lla de Bailén.

Monton de escombros de la antigua torre,  
Que á la horrisona bomba se desploma,  
Allí el aragones su frente asoma  
Indómita y serena,  
Y al terco sitiador de espanto llena.

Mas ¡qué otra imágen tu atencion cautiva,  
De amor tu pecho y de placer colmando,  
Parnáside feliz? ¡No ves orlada  
De fresco lauro y de naciente oliva  
La régia sien del séptimo Fernando?  
El rey no es éste que Madrid gozosa,  
Con vivas mil y cantos de alegría,  
Del sol de Tauro á la esplendente lumbro  
Vió en majestad bañado y lozania?  
¡Cuán grandel ¡Cuán augusto  
Ya de Pirene en la enriscada cumbre  
Huella con firme planta  
De su alevé opresor la infiel gargantal  
¡Grata esperanza! Tan dichoso día  
Será que luzca al horizonte ibero?  
Sí, no dudeis; lo decretó el destino.  
El español guerrero  
Romperá, rey amado, tus prisiones,  
Y enemigos pendones  
Tenderá por alfombras al camino.  
Nuevo Tito serás; benigno el cielo,  
En júbilo tornando los clamores  
Con que la patria fiel por tí suspira,  
Mis ojos te verán; faustos loores  
Daré á tu nombre.... y romperé mi lira,

## V.

## A CELMIRA, EN SUS DIAS.

(1809.)

Rasgando alegre el nebuloso velo  
Con sus dedos de rosa,  
Ufana vuelve primavera hermosa  
A dar vida al verjel, fulgor al cielo.  
Vuelve, y do quier derrama  
De su rocío el inmortal tesoro,  
Que al sacudir su cabellera de oro,  
La flor recoge y la sedienta grama.  
Desde el brillante carro señorea  
El éter luminoso;  
Bebe el aire su aliento delicioso,  
Y valle y monte y selvas hermosea.  
Vuelve el rostro sereno  
Del claro Bétis á la fértil vega,  
Y el bello prado, que fecunda y riega,  
Mira de ninfas y de amores lleno.  
Mas ve á Celmira en su dichoso día  
Almas mil cautivando,  
Sueitas las alas á Favonio blando,  
Y este saludo plácido le envía:  
«Salve, Celmira hermosa;  
Mil veces salve, celestial doncella,  
Más que la reina de las flores bella,  
Más que la madre del amor graciosa.  
»Tú, á quien cedió mi ruiñeñor canoro  
Su garganta divina,  
Delio su ardor, su citara Corina,  
Y el dulce Anacreon su plectro de oro,  
»Salve; y risueño el gusto  
Volando en torno á tu nevada frente,  
El sombrío pesar de tí se ahuyente,  
Cual de mis luces el invierno adusto.  
»¡A qué mis galas donde están tus ojos?  
Su influencia hechicera  
Alegría y verdor da á la pradera,  
Y en lindas rosas torna los abrojos.  
»Donde tu mano toca,  
Brota un ramo de frescos alelíes,  
Y si con dulce agrado te sonries,  
¡Qué clavel hay más bello que tu boca?»  
Dijo la diosa del Abril; ligero,  
A la ninfa halagando,  
Baña las alas en su aliento blando  
Y á su madre retorna el mensajero,

## VI.

Á la bendición de la bandera del primer batallón de las milicias nacionales de Valencia, en 16 de Setiembre de 1821.

¡Qué insólita alegría,  
Qué falange marcial, qué grato acento  
De bélica armonía,  
Qué faustos vivas sientol  
¡Qué de plumas sin fin agita el viento!  
Corred, hijas hermosas  
Del Turia, y de sus márgenes amenas  
Guirnalda olorosas  
Traedme á manos llenas  
De frescos amarantos y azucenas;  
Que no los batallones  
Soberbios son del déspota que un día  
Domeñó cien naciones,  
Y con audacia impía  
La madre España encadenar creía.  
Hermano, amigo, esposo  
Veréis entre ellos, plácida esperanza  
Del comunal reposo.  
Formad festiva danza;  
Resuene el aire en himnos de alabanza.  
¡Veis cuál se ostenta ufano  
Su porte altivo y su ademan guerrero?  
¡Veis en la fuerte mano  
Con grato reverbero  
Doblar la luz del sol el limpio acero?  
¡Cómo la insignia vuela,  
Labor y ofrenda de gentil matrona! (1).  
La insignia que no anhela  
Destrozos de Belona,  
Ni de laurel sangriento se corona.

Pacífica bandera,  
En solo un ramo de modesta encina  
Cifrar su dicha espera,  
Y al templo se encamina,  
Pidiendo humilde bendición divina.  
Allí con santo celo,  
Doblando ante el altar desnuda frente,  
Al Dios de tierra y cielo  
Alza la armada gente  
Sus tiernos votos, su oracion ferviente.  
No palmas de victoria  
Implora de los santos tutelares,  
Sino la dulce gloria  
De honrar los patrios lares,  
Guardando en paz los cívicos hogares.  
Juran, sí, los primeros  
Verter su sangre por el libro amado,  
De los hispanos fueros  
Depósito sagrado,  
Al fulgor de mil bombas promulgado;  
Que en él aun más brillante  
El solio ibero indestructible dura,  
Y en sello de diamante  
Perpétua se asegura  
La fe de Recaredo ileya y pura.  
Júranlo, y de repente  
Al fiel concurso músicas festivas  
Lo anuncian, que impaciente,  
Las bóvedas altivas  
Del templo atruena en redoblados vivas.  
¡Plegue á Dios que cumplido  
Por tiempo largo y próspero se vea  
Su anhelo, y el erguido  
Pendon, que al viento ondea,  
Símbolo eterno de concordia sea!

## VII.

Al fausto nacimiento de la serenísima señora infanta doña María Isabel Luisa, despues reina de España.

(1830.)

«¡Cuán ciegos los mortales,  
Del esplendor del solio destumbrados,  
Ventura tal de la fortuna imploran!

(1) La señora Marquessa de Fuente el Sol.

Si el idolo que adoran  
Los oyese benévolo y el sumo  
Bien que ansiosos codician otorgára,  
Como el aroma vil que arde en el ara,  
Su dicha vieran disiparse en humo.»  
Así exclamaba un día  
Mi rey amado, en lágrimas deshecho,  
Y el ¡ay! doliente al encumbrado techo  
Entre el oro y los mármoles subía.  
«¡Qué importan, proseguía,  
A la humana ventura el regio trono,  
La pompa ni el poder? Oir gemidos,  
A la tierna amistad negado el seno,  
Y á la verdad augusta los oidos;  
Fingir rostro sereno  
Cuando la pena el corazon devora,  
Jugnete ser de adulacion traidora,  
Y ver mintiendo celo á la perfidia:  
Tal es de los monarcas el destino,  
Que, fascinada, envidia  
La ambicion de los hombres insensatos.  
¡Ah! ¡Qué vale, oh dosel, que el vulgo hechices,  
Si hasta el dón celestial de hacer felices  
Lo acibara el temor de hacer ingratos?  
Sólo es dichoso un rey cuando, depuesta  
La púrpura enojosa,  
Solaz le ofrece la filial ternura,  
Y con su cara esposa,  
De sus amables hijos circundado,  
De inocente placer el vaso apura.  
Mas ¡ay! que no fué dado  
Gozar tan alto bien al alma mia.  
¡Oh cuántas, cuántas veces  
Soñó mi fantasía  
Verlos correr con planta vacilante  
Por los jardines de Aranjuez floridos;  
En puro estanque á los dorados peces,  
Con el sabroso cebo seducidos,  
A su mano atraer; sobre una rosa  
Sorpender la versátil mariposa;  
O ya afectando varonil talante,  
De caña armados ó sarmiento rudo,  
Honrarme graves con marcial saludo!»  
¡Engañosa ilusion! ¡Fantasmas vanos  
De apariencia falaz! ¡Benigna suerte  
Da á mis caros hermanos  
En prole hermosa descendencia larga,  
Y en su estancia feliz bulle festivo  
Rumor de inquieta y plácida alegría,  
Cuando tristeza amarga,  
Silencio, soledad reina en la mial  
Así mi angustia crece,  
Y el curso de los años fugitivo  
Prolijo, eterno á mi dolor parece.  
¡Y no es mejor que, á compasion movida,  
Dé fin la muerte á mi gemir cansado,  
Que estar sin esperanza condenado  
A atravesar el yermo de la vida,  
Como en el aire exhalacion ligera,  
Que sin dejar señal cruza la esfera?»  
Con tan lúgubre acento  
Fernando se quejaba  
En las tinieblas de la noche umbría;  
El són de su lamento  
Por las excelsas bóvedas vagaba,  
Cual eco sordo de huracan lejano.  
Llamando al sueño en vano,  
Que de sus místicos parpados huía,  
Sintió que de repente,  
Balsámica esperanza al pecho dando,  
Una voz celestial así decía:  
«Alza, buen rey, la congojosa frente,  
Cese tu largo duelo,  
Y el ya fecundo tálamo prepara;  
Que en augusta doncella te depara  
La ansiada sucesion piadoso el cielo.»  
Oyó el monarca atónito y ufano  
Los gratos ecos de la voz divina....  
Cuando, imprevista, al horizonte hispano,  
Astro de amor, apareció Cristina.  
De las playas amenas  
Donde desagua el Ter entre jardines,

Hasta el campo feraz que el Tajo baña,  
La venturosa España,  
Mostrando alegre su esplendor bizarro,  
Con danzas y festines  
Recibe de su Rey la esposa bella.  
Siguen las Gracias la florida huella  
Que estampa el calce del triunfante carro,  
Y en grupos mil la cercan los amores,  
Jugando en torno en apacible vuelo.  
Luce en sus labios el carmin del alba;  
Brilla en sus ojos el fulgor del cielo;  
Hácela el coro de las aves salva,  
Y al ver en su mejilla el dulce hoyuelo,  
De la sonrisa y los donaires nido,  
Bate las palmas el rapaz Cupido,  
Que con su dedo le imprimió en la cuna,  
Présago de su gloria y su fortuna.  
Admiróla Madrid: sus bellos ojos  
La alborozada poblacion suspenden,  
Por los vecinos campos extendida.  
El bronce truena; la montaña herida  
Revoca el eco; las esferas hienden  
Cien lenguas de metal, y hasta en la cumbre  
De las torres y alcázares se agolpa  
La inmensa muchedumbre,  
Gritos sin fin de aclamacion lanzando;  
Calles, plazas y templos atronando,  
Sube el clamor de vítores al cielo,  
A par que de los altos miradores,  
Batiendo el blando velo,  
Rinden las damas á su reina hermosa  
Tributo en vivas y homenaje en flores.  
Ella en tanto, graciosa,  
Aquí y allí con plácido saludo,  
Su amable risa y su bondad ostenta,  
Y el bullicioso júbilo acrecienta,  
Mientras embebecido  
Al diestro lado el Rey la contemplaba  
Sobre un potro lozano,  
Que blanca espuma en derredor lanzaba,  
Temblando el suelo al asentar la mano.

Así la córte ibera  
Festejó reina y hospedó señora  
A la ninfa gentil, á quien en breve  
Dará de madre el nombre venturoso.  
Sí, que la diosa que á Endimion adora  
Ya el término cumplió de giros nueve,  
Y el próspero momento  
Se acerca.... ¿Ois?... ¿Qué extraño movimiento,  
Que rumor nuevo la quietud altera  
De la régia mansion? Á la ancha plaza,  
¿Por qué tan presuroso  
El pueblo corre y con ardor se abraza?  
¿Cuál anuncio dichoso  
Da fuego al bronce, el címbalo voltea?  
¿Qué cándido pendon al viento ondea?  
¡Oh claro, oh bello día,  
De almo consuelo y de memoria eterna!  
¿Cómo la lira mia,  
Sabrá cantarte dignamente, y cómo  
Pintar al vivo la expresion sublime  
Con que ansioso Fernando,  
Padre feliz, en la mejilla tierna  
Del fruto de su amor el labio imprime  
Por la primera vez? Al dulce beso,  
Con otros mil la acarició Cristina,  
Que lánguida mirada,  
De vanagloria y regocijo llena,  
Fijó en su esposo, y luégo  
Su prenda idolatrada  
Se paró á contemplar con faz serena.  
¿Con qué inefable amor, con qué embeleso  
Los rasgos examina  
De aquel gracioso, angélico semblante!  
Sus facciones no ve; las adivina  
Con maternal penetracion, en ellas  
La copia hallando de sus formas bellas,  
Y en medio al gozo que su pecho siente,  
El muerto brillo de sus labios rojos  
Y una cuajada lágrima en los ojos  
Reliquias son de su penar reciente.  
Tal suele en Guadarrama

